

San Pedro derramando su sangre en la cumbre del monte Citorio dió principio a la Era Cristiana. Pio IX en su bula *Ineffabilis* declaraba comenzada una nueva fase de esa misma era; pero tan trascendental y gloriosa como la primera. San Pedro mostraba al hombre Dios, locura para los gentiles y necedad para los judios, Pio IX declaraba que una pura criatura habia sido elevada a tan excelsa perfección que jamás los hombres habian excogitado alteza tanta; San Pedro manifestaba al Mesias, como los ángeles, en la gruta de Belén, a los Pastores: hallaréis al Niño envuelto en pañales, y yendo apresurados, encontraron a Maria y a San José y al Niño. Pio IX nos muestra una Niña en lo supremo de la pequeñez y nos dice: buscadla a Ella envuelta en los limpisimos cendales de su Concepción Inmaculada y hallaréis a Jesús indefectiblemente. San Pedro salvaba a la humanidad de los menguados brazos del envilecedor politeismo, dando su sangre por testificar que Cristo era Dios. Pio IX arrancaba a la humana inteligencia de la vil egolatria del siglo XIX, el más vano de todos los siglos, enseñando al mundo que lo supremo de la perfección humana no está en la capacidad absoluta del hombre, más en su total dependencia de Dios. El dogma de la Concepción Inmaculada supone una gracia y un privilegio singularísimo concedido a Maria, por los méritos de Cristo, y, por consiguiente, acusa la caída de todos los hombres en el pecado y la necesidad del Reparador y de los medios que El se ha servido darnos para mantenernos en el plano superior de redimidos y elevados al orden sobrenatural, apartando de ese modo a los hombres de la loca presunción de ser dioses o de ser capaces de hacerse dioses a si mismos.

2.—El Papa Infalible de hecho.

Y si en el fondo así demostraba Pio IX que la deificación del hombre por el hombre es una soberana quimera y que sólo puede alcanzar los ápices de la perfección aquel a quien Dios, por su infinita bondad y misericordia, eleva, como sucede a la Inmaculada; en la forma de declarar el dogma no daba menos explícitamente esa misma soberana lección; pues en frente de todos los preconizadores del endiosamiento de la razón pura, el cardenal Machi, decano del Sagrado Colegio Cardenalicio se postraba a los pies de Pio IX, terminando el santo Evangelio de la Misa solemne celebrada con ocasión de la declaración del Dogma, y en representación de toda la Iglesia decía estas gravísimas palabras tan solemnes como meditadas: «Lo que la Iglesia Católica, Santísimo Padre, desea ardientemente, es que vuestro *supremo e infalible juicio* dicte acerca de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen Maria, Madre de Dios, una decisión que produzca para ella aumento de alabanzas, gloria y veneración.» El gran Pontífice, fundándose en su oficio de Vicario de Cristo ejercía acto de tanta gravedad como es el de definir en materia de fe, sólo, sin intervención de ningún concilio y en presencia de toda la Iglesia obediente, dando así el más claro testimonio de su pleno poder y de su infalibilidad. (Luis Venillot, *Mélanges*, vol. 1, pág. 484) El Papa que habia glorificado a Maria delante de los hombres, con el más excelso titulo de honor, cual es el de la propia santidad en el grado sin límites que supone la Concepción Inmaculada, recibia de manos de la sin par Señora, el más egregio florón que pueden ostentar los hombres en la corona de su potestad suprema: el de la infalibilidad ¡Si Maria habia recibido un soberano don, con un don soberano lo pagaba!